



George Orwell

1984

George Orwell

1984

Traducción

Juan Pascual Martínez Fernández



minotauro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Nineteen Eighty-Four*

© Traducción de Juan Pascual Martínez Fernández, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: © Sandra Rilova

Primera edición: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.430-2025

ISBN: 978-84-450-2124-8

Impreso en España

Capítulo 1

Era un día soleado y frío de abril, y los relojes daban las trece. Winston Smith, con la barbilla apoyada contra el pecho en un intento de protegerse del viento helado, entró rápidamente a través de las puertas de vidrio de los Pabellones de la Victoria, aunque no con la rapidez suficiente como para evitar que una ráfaga de polvillo entrara con él.

El pasillo olía a repollo hervido y a felpudos viejos. Había un cartel de varios colores, demasiado grande para ponerlo dentro de una casa, pegado a la pared del fondo. En él simplemente se veía un rostro enorme, de más de un metro de ancho: el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con un espeso bigote negro y rasgos duros pero atractivos. Winston se dirigió hacia las escaleras. No serviría de nada intentar subir en el ascensor. Incluso en el mejor de los casos, rara vez funcionaba, y por esas fechas cortaban la corriente eléctrica durante las horas diurnas. Aquello formaba parte de la planificación económica como preparación para la Semana del Odio. Su piso estaba en la séptima planta y Winston, que tenía treinta y nueve años y una úlcera varicosa justo encima del tobillo derecho, subió con lentitud y

parando a descansar varias veces en el camino. En cada rellano, frente al hueco del ascensor, el cartel con la cara enorme lo miraba desde la pared. Era una de esas imágenes que son tan logradas que los ojos te siguen cuando te mueves. «El HERMANO MAYOR TE OBSERVA», ponía debajo.

En el interior del piso, una voz aflautada recitaba una lista de cifras que tenían algo que ver con la producción de barras de hierro. La voz procedía de una placa rectangular de metal parecida a un espejo empañado que formaba parte de la superficie de la pared de la derecha. Winston giró un botón y la voz se atenuó un poco, aunque las palabras aún eran audibles. Al artefacto (al que llamaban telepantalla) se le podían disminuir el volumen y el brillo de la imagen, pero no había forma de apagarlo por completo. Se acercó a la ventana: su figura pequeña y frágil, la debilidad de su cuerpo, todo quedaba acentuado por el mono azul de trabajo que era el uniforme del Partido. Tenía el cabello rubio muy claro, con un rostro de tez rojiza y la piel seca por el jabón de afeitar malo, las hojas de afeitar ya romas y el frío del invierno que acababa de terminar.

Fuera, incluso a través del cristal de la ventana cerrada, el mundo tenía un aspecto frío. En la calle, las leves ráfagas de viento arremolinaban el polvo y los trozos de papeles rotos, que giraban en pequeños torbellinos, y aunque el sol brillaba y el cielo mostraba un azul intenso, nada parecía tener color, excepto los carteles que estaban pegados por todas partes. La cara de bigote negro miraba hacia abajo desde todos los rincones dominantes. Había una en la fachada de la casa que estaba justo enfrente. «El HERMANO MAYOR TE OBSERVA», le recordaba el pie de foto mientras aquellos ojos oscuros se clavaban profundamente en los

de Winston. Al nivel de la calle había otro cartel, rasgado en una esquina, que aleteaba de forma irregular empujado por el viento y que cubría y descubría la palabra «SOCING». A lo lejos, un helicóptero se deslizó entre los tejados, revoloteó durante un momento como un gran moscardón, y se alejó de nuevo con un vuelo curvo. Era la patrulla de la policía que fisgoneaba a la gente a través de las ventanas. Sin embargo, las patrullas no importaban. Lo que importaba realmente era la Policía del Pensamiento.

Detrás de Winston, la voz de la telepantalla seguía balbuceando sobre las barras de hierro y el cumplimiento con creces del Noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía de forma simultánea. Cualquier sonido que emitiera Winston, cualquiera por encima del nivel de un susurro muy bajo, el aparato lo captaría. Aún más: mientras permaneciera dentro del campo de visión que cubría la placa de metal, lo podían tanto ver como oír. Por supuesto, no había ninguna forma de saber si te estaban observando en un momento dado. Solo se podía conjeturar con qué frecuencia, o con qué clase de método, la Policía del Pensamiento se conectaba directamente a cualquier aparato individual. Era incluso concebible que observaran a la vez a todo el mundo todo el tiempo. Pero, en cualquier caso, sí que se podían conectar a tu aparato cuando quisieran. Tenías que vivir, sobrevivir con una costumbre que se convertía en instinto, con la suposición de que todos los sonidos que hacías serían escuchados y, excepto en la oscuridad, cada movimiento sería vigilado.

Winston se mantuvo de espaldas a la telepantalla. Era más seguro así, aunque, como bien sabía, incluso una espalda podía ser reveladora. A un kilómetro de allí se encontra-

ba el Ministerio de la Verdad, su lugar de trabajo, que se alzaba enorme y blanco sobre el paisaje mugriento. Aquello, pensó con una especie de asco, aquello era Londres, la ciudad principal de Pista Aérea Uno, la tercera más poblada de todas las provincias de Oceanía. Se esforzó rebuscando algún recuerdo de la infancia que le dijera si Londres siempre había sido así. ¿Siempre había existido aquel panorama de casas del siglo XIX en proceso de derrumbe, con sus paredes apuntaladas con vigas de madera, con los cristales rotos de las ventanas parchados con cartón, los tejados de hierro corrugado, con las paredes del jardín cubiertas de malas hierbas y derrumbadas en todas direcciones? ¿También los bloques bombardeados donde el polvo de yeso se arremolinaba en el aire y los matojos se extendían sobre los montones de escombros? ¿Y qué había de los lugares donde las bombas habían abierto zonas despejadas en las que habían surgido sórdidas colonias de casuchas de madera que parecían gallineros? Pero no servía para nada, no era capaz de recordarlo. No quedaba nada de su infancia, excepto una serie de escenas luminosas que ocurrían sin trasfondo y en su mayoría eran indescifrables.

El Ministerio de la Verdad, Miniver en neolengua [La neolengua era el idioma oficial de Oceanía. Para conocer su estructura y su etimología, ver Apéndice], era sorprendentemente distinto a cualquier otro edificio que estuviera a la vista. Se trataba de una enorme estructura piramidal de hormigón blanco reluciente que se elevaba, terraza tras terraza, hasta unos 300 metros de altura. Desde donde Winston se encontraba podían leerse, destacadas en su fachada blanca con letras elegantes, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

El Ministerio de la Verdad albergaba, según se decía, tres mil estancias sobre el nivel del suelo, y las ramificaciones correspondientes debajo. En todo Londres solo había otros tres edificios de apariencia y tamaño similares. Empequeñecían la arquitectura circundante de tal modo que desde el tejado de los Pabellones de la Victoria se podían ver los cuatro de forma simultánea. Cada uno era la sede de los cuatro Ministerios entre los cuales estaba dividido todo el aparato del gobierno. El Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las noticias, el entretenimiento, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, que se ocupaba de todo lo relacionado con la guerra. El Ministerio del Amor, encargado de mantener la ley y el orden, y, por último, el Ministerio de la Abundancia, cuya responsabilidad eran los asuntos económicos. Sus nombres en neolengua eran Miniver, Minipaz, Minimor y Minindancia.

El Ministerio del Amor era realmente el más aterrador de todos. Allí no había ni una sola ventana. Winston nunca había estado dentro del Ministerio del Amor, ni siquiera a medio kilómetro del sitio. Se trataba de un lugar al que era imposible entrar excepto por asuntos oficiales, y eso solo después de pasar a través de un laberinto de alambre de púas, puertas de acero y nidos de ametralladoras escondidos. Incluso en las calles que conducían a sus barreras exteriores había patrullas de guardias con cara de gorila vestidos con uniformes negros y armados con porras de madera.

Winston se dio la vuelta con brusquedad. Había puesto

cara con expresión de optimismo tranquilo, que era la más conveniente mostrar frente a la telepantalla. Cruzó la habitación hacia la pequeña cocina. Al salir del ministerio a esa hora del día, había sacrificado el almuerzo en la cafetería del edificio, y era consciente de que en la cocina no había comida excepto un trozo de pan de corteza oscura que tenía que guardar para el desayuno del día siguiente. Bajó de la estantería una botella de líquido incoloro con una simple etiqueta blanca que decía «Ginebra Victoria». Desprendía un olor desagradable y aceitoso, parecido al licor de arroz chino. Winston se sirvió una taza de té casi entera, se preparó para la sensación, y se la bebió de golpe como si fuera una dosis de medicina.

La cara se le enrojeció de inmediato y los ojos se le llenaron de lágrimas. La bebida sabía a ácido nítrico y, además, al beberla se tenía la sensación de que te golpeaban en la nuca con una porra de goma. Sin embargo, un momento después, desapareció el ardor de estómago y el mundo le comenzó a parecer más alegre. Cogió un cigarrillo de un paquete arrugado en el que se leía «Cigarrillos Victoria» y lo sostuvo con descuido en posición vertical, por lo que el tabaco se cayó al suelo. Con el siguiente tuvo más éxito. Volvió al salón y se sentó en una pequeña mesa que estaba a la izquierda de la telepantalla. Del cajón de la mesa sacó un portaplumas, un frasco de tinta y un grueso libro en blanco de tamaño cuartilla con el lomo rojo y las tapas de color jaspeado.

Por alguna razón, la telepantalla de la sala de estar se encontraba en una posición poco corriente. En lugar de estar colocada, como era lo habitual, en la pared del fondo, desde donde podía dominar toda la habitación, estaba en la pared

más larga, frente a la ventana. A un lado de la telepantalla había un hueco poco profundo, que era donde Winston estaba sentado en ese momento, y que, cuando se construyeron los pisos, probablemente estaba pensado para alojar una estantería. Al sentarse en ese hueco y mantenerse pegado a la pared, Winston quedaba fuera del alcance de la telepantalla, por lo que se refería al campo de visión. Por supuesto, todavía se lo podía oír, pero mientras se mantuviera en ese lugar, no lo podrían ver. Era en parte esa inusual configuración de la estancia lo que le había sugerido lo que estaba a punto de hacer.

Sin embargo, también se lo había sugerido el libro que acababa de sacar del cajón. Era un libro de una belleza singular. El papel era suave y de color cremoso, un poco amarillento por el paso del tiempo, de un tipo que ya no se fabricaba desde hacía al menos cuarenta años. Sin embargo, supuso que el libro era todavía más antiguo. Lo había visto en el escaparate de una pequeña tienda desordenada de objetos de segunda mano en un barrio de mala muerte de la ciudad (lo que no recordaba era de qué barrio se trataba) y se sintió de inmediato preso de un deseo irrefrenable de poseerlo. Se suponía que los miembros del Partido no debían entrar en las tiendas corrientes (lo llamaban «tener tratos en el mercado libre»), pero la regla no se cumplía de un modo estricto, porque había varias cosas, como los cordones de zapatos y las cuchillas de afeitar, que era imposible conseguir de otra manera. Había echado un rápido vistazo a su alrededor y luego se había apresurado a entrar en la tienda, donde compró el libro por dos dólares con cincuenta. En ese momento no era consciente de quererlo por ningún motivo concreto. Se lo había llevado a casa en su maletín

sintiéndose culpable. Incluso sin que todavía hubiera escrito nada en él, era una posesión comprometedora.

Lo que estaba a punto de comenzar era un diario. No se trataba de algo ilegal (nada era ilegal, puesto que ya no había leyes), pero si se lo descubrían, era bastante seguro que lo condenaran a muerte o, al menos, a veinticinco años en un campo de trabajos forzados. Winston encajó un plumín en el portaplumas y lo chupó para quitarle la grasa. La pluma era un instrumento arcaico, rara vez utilizado incluso para la firma de documentos, y él había conseguido una escondida y con cierta dificultad, simplemente porque le parecía que el hermoso papel de color crema se merecía que escribieran sobre él con un plumín de verdad en lugar de ser rayado con un simple lápiz. En realidad, no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de notas muy cortas, lo habitual era dictarlo todo por el hablaescribe, lo cual era, por supuesto, inviable para lo que estaba haciendo. Mojó el plumín en la tinta y luego dudó un segundo. Notó un temblor en la boca del estómago. Escribir en el papel sería el acto decisivo. Con letra pequeña y torpe anotó: «4 de abril de 1984».

Se reclinó en la silla. Lo invadió una sensación de impotencia absoluta. Para empezar, no sabía con certeza si estaban en 1984. Debía de ser alrededor de esa fecha, ya que estaba bastante seguro de que tenía treinta y nueve años, pues creía que había nacido en 1944 o 1945; pero no era posible precisar una fecha más allá de un margen de exactitud de uno o dos años.

¿Para quién, se le ocurrió de repente, estaba escribiendo aquel diario? Para el futuro, para los que todavía no habían nacido. Se quedó distraído durante unos momentos obser-

vando la fecha de la página, carente de exactitud, y luego se le ocurrió de repente una palabra en neolengua: «doble-pensar». Por primera vez se dio cuenta de la magnitud de lo que había comenzado. ¿Cómo te podías comunicar con el futuro? Era, por naturaleza, imposible. O bien el futuro se asemejaría al presente, en cuyo caso no le prestarían atención, o sería diferente y sus problemas no tendrían ningún sentido.

Se quedó un rato mirando el papel con expresión vacía. El programa de la telepantalla había cambiado y en ese momento sonaba una estridente música militar. Era curioso que no solo parecía haber perdido la capacidad de expresarse, sino que incluso había olvidado qué era lo que había pretendido decir en un principio. Se había preparado para ese momento durante semanas, y en ningún momento se le pasó por la cabeza que se necesitaría algo más que valentía para ello. Ponerlo por escrito sería fácil en sí mismo, lo único que tenía que hacer era transferir al papel el interminable monólogo inquieto que se había repetido en su cabeza una y otra vez, literalmente durante años. En ese momento, sin embargo, incluso ese monólogo había desaparecido. Además, la úlcera varicosa le había empezado a picar de un modo insoportable. No se atrevió a rascársela, porque siempre se le inflamaba cuando lo hacía. Los segundos siguieron pasando. No fue consciente de nada más que el vacío de la página que tenía delante, del picor de la piel por encima del tobillo, del estruendo de la música y de una ligera borrache-
ra causada por la ginebra.

De repente, comenzó a escribir por puro pánico, apenas consciente de lo que estaba anotando. Su letra, pequeña e infantil, trazó líneas desiguales a un lado y otro mientras

bajaba por la página, y se deshizo primero de las mayúsculas y finalmente incluso de los puntos y aparte:

4 de abril de 1984. Anoche fui a las pelis. Todas películas de guerra. Una muy buena de un barco lleno de refugiados que bombardean en algún lugar del Mediterráneo. El público se divirtió mucho con las escenas de un hombre muy gordo que trataba de huir nadando del helicóptero que lo estaba persiguiendo, en la primera lo veías chapoteando en el agua como una marsopa, luego se lo veía a través de la mira de disparo del helicóptero, y luego ya estaba lleno de agujeros y el mar a su alrededor se volvió rosa, y se hundió tan repentinamente que parecía que los agujeros habían dejado entrar el agua en su interior, el público se partía de risa cuando se hundió. luego se vio un bote salvavidas lleno de niños con un helicóptero inmóvil en el aire justo encima. había una mujer de mediana edad que quizá era judía sentada en la proa con un niño de unos tres años. el niño gritaba de miedo y escondía la cabeza entre sus pechos como si intentara meterse de nuevo en ella y la mujer lo abrazaba y lo consolaba aunque ella estaba pálida también de terror y procuraba cubrirlo todo lo posible como si creyera que sus brazos podrían detener las balas. luego el helicóptero soltó una bomba de veinte kilos sobre ellos y un terrible estallido luminoso y el bote se convirtió en una lluvia de astillas. después había una toma fabulosa del brazo de un niño volando por los aires. debió grabarlo un helicóptero con una cámara en el morro y hubo muchos aplausos en los asientos del partido aunque una mujer de la parte de los proles montó una escandalera y se puso a gritar que era mal proyectar esas cosas delante de los niños, que no era bien delante de los niños, hasta que la policía la cogió y la sacó no creo que le ocurriera nada a nadie le importa lo que digan los proles es una reacción prole típica y nunca...

Winston dejó de escribir, en parte porque le había dado un calambre. No tenía ni idea de qué era lo que le había hecho soltar aquella sarta de tonterías. Sin embargo, lo curioso era que, mientras lo hacía, había acudido a su cabeza un recuerdo totalmente distinto, hasta el punto de que casi se sintió capaz de escribirlo. Era, en ese momento se dio cuenta, aquel incidente lo que lo había hecho decidir repentinamente volver a casa y comenzar el diario.

Había sucedido esa mañana en el Ministerio, si es que se podía decir que había sucedido algo tan borroso.

Ya casi eran las once cero cero, y en el Departamento de Registros, donde trabajaba Winston, estaban sacando las sillas de los cubículos para colocarlas en el centro de la sala, frente a la gran telepantalla, en preparación para los Dos Minutos de Odio. Winston se acababa de sentar en su sitio en una de las filas centrales cuando dos personas a las que conocía de vista, pero con las que nunca había hablado, entraron inesperadamente en la sala. Una de ellas era una chica con la que se cruzaba a menudo por los pasillos. No sabía cómo se llamaba, pero sí sabía que trabajaba en el Departamento de Ficción. A veces la había visto con las manos llenas de aceite lubricante y con una llave inglesa, así que probablemente tenía algún puesto de mecánica en una de las máquinas de escribir novelas. Era una chica de aspecto atrevido, de unos veintisiete años, con una mata de cabello espeso, una cara pecosa y movimientos rápidos y atléticos. Llevaba a la cintura, sobre el mono de trabajo, una estrecha faja de color escarlata, el emblema de la Liga Juvenil Antisejo, lo bastante ceñida como para resaltar la atractiva forma de sus caderas. A Winston le había desagradado desde el primer momento en que la vio. Sabía la razón. Se debía al

ambiente de campos de hockey y baños fríos y caminatas campestres en grupo y la mentalidad limpia en general que ella se las arreglaba para mostrar siempre. Le disgustaban casi todas las mujeres, y especialmente las jóvenes y bonitas. Siempre eran las mujeres, y sobre todo las jóvenes, quienes de un modo más fanático mostraban adhesión al Partido, quienes se tragaban todas las consignas, las espías aficionadas y las husmeadoras en busca de cualquier clase de heterodoxia. Sin embargo, le dio la impresión de que esa chica en concreto era más peligrosa que la mayoría. En una de las ocasiones en las que se habían cruzado por los pasillos, ella le dirigió una rápida mirada de reojo que pareció hurgar en lo más profundo de él y que por un momento lo llenó de un enorme terror. Incluso se le pasó por la cabeza la idea de que quizá era una agente de la Policía del Pensamiento. Sin duda era muy improbable, pero seguía sintiendo una curiosa inquietud, una mezcla de miedo y hostilidad, cada vez que estaba cerca de ella.

La otra persona era un hombre llamado O'Brien, un miembro del Partido Interior que desempeñaba algún cargo tan importante y remoto que Winston apenas tenía una vaga idea de su cometido. El grupo de personas que rodeaba las sillas se quedó callado unos instantes al ver que un miembro del Partido Interior se acercaba. O'Brien era un hombre grande y corpulento, con un cuello grueso y un rostro de rasgos toscos y brutales, aunque de expresión alegre. A pesar de su aspecto intimidatorio, mostraba un cierto encanto. Tenía un truco para colocarse las gafas en la nariz que era curiosamente encantador, curiosamente civilizado, en cierto modo. Era un gesto que, si alguien hubiera pensado todavía en esos términos, podría haber recordado a un

noble del siglo XVIII en el momento de ofrecer su caja de rapé. Winston había visto a O'Brien tal vez una docena de veces en casi otros tantos años. Se sentía profundamente atraído por él, y no solo porque estuviera intrigado por el contraste entre los modales educados de O'Brien y su físico de boxeador. Más bien se debía a una creencia secreta, o tal vez ni siquiera una creencia, simplemente una esperanza, de que la ortodoxia política de O'Brien no era perfecta. Algo en su rostro lo sugería irresistiblemente. Y de nuevo, tal vez ni siquiera era la falta de ortodoxia lo que estaba escrito en su cara, sino simplemente inteligencia. Pero, en cualquier caso, tenía la apariencia de ser una persona con la que se podía hablar si de alguna manera se podía engañar a la telepantalla y estar a solas con él. Winston nunca había hecho el menor esfuerzo por verificar esta suposición: de hecho, no había forma de hacerlo. En ese momento, O'Brien miró su reloj de pulsera, vio que eran casi las once, y evidentemente decidió quedarse en el Departamento de Registros hasta que los Dos Minutos de Odio hubieran terminado. Se sentó en una silla en la misma fila que Winston, a un par de sitios de distancia. Una mujer pequeña de cabello rubio claro que trabajaba en el cubículo contiguo al de Winston estaba sentada entre ellos. La chica de cabello moreno estaba sentada justo detrás.

Un momento después, un discurso horrible y chirriante, semejante al de alguna máquina monstruosa que se hubiera quedado sin lubricante, salió a chorro de la gran telepantalla del fondo de la sala. Era un ruido que hacía que uno apretara los dientes y que erizaba el vello de la nuca. El Odio había comenzado.

Como de costumbre, el rostro de Emmanuel Goldstein,

el Enemigo del Pueblo, había aparecido en la pantalla. Se oyeron silbidos aquí y allá entre el público. La pequeña mujer de pelo rubio claro lanzó un chillido de miedo y asco. Goldstein era el renegado y fugitivo que una vez, hacía mucho tiempo (ya nadie recordaba cuánto), había sido una de las principales figuras del Partido, casi al nivel del propio Hermano Mayor, y que luego había comenzado a cometer actos contrarrevolucionarios, lo habían condenado a muerte, y había escapado y desaparecido de forma misteriosa. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban de un día a otro, pero no había ninguno en el que Goldstein no fuera la figura principal. Era el traidor primigenio, el primer profanador de la pureza del Partido. Todos los crímenes posteriores contra el Partido, todas las traiciones, los actos de sabotaje, las herejías y las divergencias surgieron directamente de sus enseñanzas. Seguía vivo en algún lugar, todavía tramando sus conspiraciones, tal vez en algún lugar al otro lado del océano, bajo la protección de sus cabecillas extranjeros, tal vez incluso, como se rumoreaba de vez en cuando, en algún escondite de la propia Oceanía.

Winston notó que tenía el diafragma contraído. Nunca había sido capaz de ver el rostro de Goldstein sin sentir una dolorosa mezcla de emociones. Era un rostro judío, enjuto, con una amplia aureola difusa de cabello blanco y una pequeña barba de perilla: una cara inteligente y, sin embargo, de alguna manera, inherentemente despreciable, con una especie de simpleza senil en la nariz larga y delgada, en cuyo extremo llevaba colocadas unas gafas. Se parecía a la cara de una oveja, y la voz también tenía un tono ovejuno. Goldstein estaba lanzando su habitual ataque venenoso contra las doctrinas del Partido, un ataque tan exagerado y perverso

que un niño podría darse cuenta de su falsedad, pero lo suficientemente plausible como para hacerle sentir a cualquiera alarmado por la posibilidad de que otra gente, menos sensata que uno mismo, pudiera dejarse engañar. Insultaba al Hermano Mayor, denunciaba la dictadura del Partido, exigía la firma inmediata de un armisticio con Eurasia, defendía la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión, la libertad de pensamiento, gritaba de forma histérica que habían traicionado a la revolución, y todo eso en un discurso polisilábico rápido que era una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido, y que incluso contenía palabras de neolengua, de hecho, más de las que normalmente utilizaría en la vida real cualquier miembro del Partido. Al mismo tiempo, para evitar que nadie tuviera dudas en cuanto a la realidad que ocultaban las insensateces del engañoso discurso de Goldstein, en la telepantalla, detrás de su cabeza, marchaban las interminables columnas del ejército de Eurasia, fila tras fila de individuos de aspecto fornido con rostros asiáticos inexpresivos que se agolpaban en la superficie de la pantalla antes de desaparecer y ser reemplazados por otros exactamente iguales. El ruido sordo y rítmico de las botas de los soldados formaba el fondo de la voz ovejuna de Goldstein.

Antes de que hubieran pasado treinta segundos del Odio, de la mitad de las personas en la habitación ya brotaban exclamaciones incontrolables de rabia. El rostro de oveja satisfecho de sí mismo en la pantalla y el poder aterrador del ejército euroasiático detrás de ese rostro eran demasiado insoportables: además, simplemente con ver o incluso con pensar en Goldstein provocaba miedo e ira de un modo automático. Era algo que se odiaba de forma más constante

que Eurasia o Esteasia, ya que cuando Oceanía se encontraba en guerra con una de esas potencias estaba generalmente en paz con la otra. Pero lo extraño era que, aunque todo el mundo odiaba y despreciaba a Goldstein, aunque todos los días y mil veces al día, en los estrados, en la telepantalla, en los periódicos, en los libros, sus teorías acababan refutadas, aplastadas, ridiculizadas, y quedaban en evidencia como la despreciable basura que en realidad eran, a pesar de todo eso, su influencia nunca parecía disminuir. Siempre había nuevos incautos esperando a dejarse seducir por él. Nunca pasaba un día en el que algunos espías y saboteadores que actuaban bajo sus instrucciones acabaran desenmascarados por la Policía del Pensamiento. Era el comandante de un vasto ejército oculto en las sombras, una red clandestina de conspiradores dedicados al derrocamiento del Estado. Se suponía que se llamaba la Hermandad. También se rumoreaba sobre la existencia de un libro terrible, un compendio de todas las herejías de las cuales Goldstein era autor y que circulaba clandestinamente aquí y allá. Era un libro sin título. La gente se refería a él, si lo hacía, simplemente como «el libro». Pero uno se enteraba de esas cosas solo a través de vagos rumores. Ni la Hermandad ni el libro eran un tema que cualquier miembro de base del Partido mencionaría si había una manera de evitarlo.

En el segundo minuto, el Odio se convirtió en un frenesí. La gente saltaba arriba y abajo en sus asientos y gritaba con todas sus energías en un esfuerzo por ahogar la enloquecedora voz procedente de la pantalla. La cara de la mujer bajita de cabello rubio claro se había vuelto rosa brillante, y abría y cerraba la boca como si fuera un pez sacado del agua. Incluso el basto rostro de O'Brien había enrojecido.

Estaba sentado muy erguido en su silla, con su poderoso pecho hinchado y tembloroso, como si se enfrentara al impacto de una ola. La chica de cabello oscuro sentada detrás de Winston había comenzado a gritar «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y, de repente, cogió un pesado diccionario de neolengua y lo arrojó contra la pantalla. El tomo impactó en la nariz de Goldstein y rebotó; la voz continuó inexorablemente. En un momento de lucidez, Winston descubrió que estaba gritando con los demás y pateando violentamente el reposapiés de su silla con el talón. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio no era que uno se viera obligado a fingir, sino que, por el contrario, era imposible no participar. Al cabo de treinta segundos, siempre era innecesario cualquier fingimiento. Un espantoso éxtasis de miedo y de venganza, el deseo de matar, torturar, aplastar caras con un mazo, parecía fluir a través de todo el grupo como una corriente eléctrica que convertía a todo el mundo, incluso contra su voluntad, en lunáticos que gritaban y hacían muecas. Y, sin embargo, la rabia que uno sentía era una emoción abstracta, sin un destino concreto, que podía cambiar de un objeto a otro como la llama de un soplete. Por eso, en un momento dado, el odio de Winston no iba dirigido contra Goldstein en absoluto, sino, por el contrario, contra el Hermano Mayor, el Partido y la Policía del Pensamiento; y en esos instantes, su corazón estaba con el hereje solitario ridiculizado en la pantalla, el único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Pero un instante después estaba de acuerdo con la gente que lo rodeaba, y todo lo que se decía sobre Goldstein le parecía verdadero. En esos momentos, el odio secreto que sentía hacia el Hermano Mayor se transformaba en adoración, y el Hermano

Mayor parecía elevarse, un protector invencible e intrépido que se alzaba como una roca frente a las hordas de Asia, y Goldstein, a pesar de su aislamiento, su impotencia y la duda que pendía sobre su verdadera existencia, parecía un hechicero siniestro, capaz de destruir la estructura de la civilización con el simple poder de su voz.

Incluso era posible, en ciertos momentos, traspasar el odio que uno sentía hacia un objetivo distinto mediante un acto voluntario. De repente, con el mismo tipo de esfuerzo con el que uno alza la cabeza de la almohada durante una pesadilla, Winston logró transferir su odio de la cara en la pantalla a la chica de cabello oscuro que estaba detrás de él. Por su mente pasaron una serie de alucinaciones vívidas y hermosas: la golpeaba con una porra de goma hasta que la mataba. La ataba desnuda a una estaca y la acribillaba a flechazos como a san Sebastián. La violaba y le cortaba el cuello en el momento del clímax. Y mejor todavía: además se dio cuenta del motivo por el que la odiaba. La odiaba porque era joven, bonita y asexuada, porque quería irse a la cama con ella y nunca lo haría, porque alrededor de su dulce y flexible cintura, que parecía pedirte que la rodearas con un brazo, solo estaba la odiosa estrecha faja de color escarlata, el agresivo símbolo de castidad.

El Odio llegó a su culminación. La voz de Goldstein se había convertido en un balido de oveja real, y por un instante su cara se transformó en la de una oveja. Después, la cara de oveja se fundió en la figura de un soldado euroasiático que parecía avanzar, enorme y terrible, con su metralleta rugiente, como si estuviese a punto de salir de la pantalla, hasta el punto de que algunas de las personas de la primera fila llegaron a echarse hacia atrás en sus asientos. Pero en ese

mismo momento, cosa que arrancó un profundo suspiro de alivio a todos, la hostil figura se convirtió en el rostro del Hermano Mayor, con el cabello negro, el bigote del mismo color, lleno de poder y misteriosa calma, y tan amplio que casi llenó la pantalla. Nadie escuchó lo que estaba diciendo. Fueron simplemente unas pocas palabras de aliento, el tipo de palabras que se pronuncian en el fragor de la batalla, no distinguibles entre sí pero que restauraban la confianza simplemente por el hecho de haber sido pronunciadas. Luego, el rostro del Hermano Mayor se desvaneció de nuevo, y en su lugar aparecieron las tres consignas del Partido, destacadas en mayúsculas y en negrita:

**LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA**

Pero el rostro del Hermano Mayor pareció persistir durante varios segundos en la pantalla, como si el impacto que había tenido en los globos oculares de todos los presentes fuera demasiado vívido como para desaparecer de inmediato. La mujer de cabello rubio claro se había echado hacia delante para apoyarse sobre el respaldo de la silla que tenía frente a ella. Extendió los brazos hacia la pantalla con un murmullo trémulo que sonó como si dijera «¡Mi salvador!». Luego bajó la cara hasta apoyarla en las manos. Era evidente que estaba rezando.

En ese momento, todo el grupo comenzó al unísono un profundo cántico, lento y rítmico: «¡H... M! ¡H... M! ¡H... M!». Una y otra vez, muy lentamente, con una larga pausa entre la hache y la eme, un murmullo denso, en cierto modo

curiosamente salvaje, y en el fondo del cántico a uno le parecía percibir el golpeteo de los pies descalzos y el latido de los tambores. Continuaron con el cántico unos treinta segundos. Era un estribillo que se oía a menudo en momentos de emoción abrumadora. En parte se trataba de una especie de himno a la sabiduría y majestad del Hermano Mayor, pero era sobre todo un acto de autohipnosis, un ahogamiento deliberado de la conciencia mediante un sonido rítmico. A Winston le pareció que se le helaban las entrañas. No podía evitar compartir el delirio general durante los Dos Minutos de Odio, pero aquel cántico infrahumano: «¡H... M! ¡H... M!» siempre lo llenaba de horror. Por supuesto, cantaba con el resto: era imposible hacer otra cosa. El hecho de disimular tus sentimientos, de controlar la expresión de tu cara, de hacer lo mismo que todos los demás estaban haciendo era una reacción instintiva. Pero durante un par de segundos, la expresión de su mirada posiblemente podría haberlo traicionado. Y fue exactamente en esos instantes cuando sucedió aquello tan revelador, si realmente sucedió.

Cruzó la mirada con O'Brien durante un momento. O'Brien se había puesto en pie, se había quitado las gafas y se las estaba volviendo a poner con aquel gesto suyo tan característico. Sin embargo, durante una fracción de segundo sus miradas se encontraron y Winston supo, ¡sí, supo!, que O'Brien pensaba lo mismo que él. Habían intercambiado un mensaje inconfundible. Fue como si ambas mentes se abrieran y sus pensamientos fluyeran del uno al otro a través de la mirada. «Estoy de acuerdo contigo —pareció decirle O'Brien—. Sé exactamente lo que sientes. Sé todo el desprecio, el odio, el asco que sientes. Pero no te preocupes,

¡estoy de tu lado!». Y luego aquel instante de entendimiento desapareció y el rostro de O'Brien volvió a ser tan inescrutable como el de todos los demás.

Aquello fue todo, y ni siquiera tuvo la certeza de que hubiera ocurrido. Esa clase de momentos nunca tenían consecuencias. Únicamente servían para hacerle conservar la fe o la esperanza en que además de él existiesen otros enemigos del Partido. A lo mejor, después de todo, los rumores sobre una inmensa serie de conspiraciones clandestinas fuesen ciertos, ¡quizá la Hermandad existiera realmente! Era imposible estar seguro, a pesar de las incesantes detenciones, confesiones y ejecuciones, de que la Hermandad no fuese más que un mito. Algunos días lo creía; otros, no. No había pruebas, solo señales fugaces que lo mismo podían significar algo o nada: partes de conversaciones oídas por casualidad, frases borrosas garabateadas en las paredes de los lavabos; una vez, cuando dos desconocidos se habían cruzado, incluso un leve movimiento de la mano por parte de uno de ellos le había parecido una señal de reconocimiento. Todo aquello no eran más que conjeturas, y lo más probable era que se lo hubiese imaginado todo. Había regresado a su cubículo sin volver a mirar a O'Brien. Ni se le pasó por la cabeza la idea de mantener aquel contacto momentáneo. Habría sido muy peligroso incluso si se le hubiese llegado a ocurrir cómo hacerlo. Habían cruzado una mirada equívoca durante un segundo o dos, y ya está. Pero incluso eso era un acontecimiento memorable en la soledad en la que tenían que vivir.

Winston se irguió y se sentó con la espalda más recta. Soltó un eructo. La ginebra que tenía en el estómago se le estaba repitiendo.

Volvió a centrar la mirada en la página. Descubrió que, mientras estaba recordando aquello, había seguido escribiendo como si fuera un acto automático. Y ya no era la caligrafía torpe y agarrotada de antes. La pluma se había deslizado con elegancia sobre el liso papel y había escrito con letra clara y mayúsculas:

ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR

Lo había hecho una y otra vez, hasta llenar media página.

No pudo evitar verse invadido por el pánico durante un momento. Era absurdo, ya que escribir aquellas palabras no era más peligroso en sí que el hecho de haber comenzado un diario, pero por un instante estuvo tentado de arrancar las páginas en las que ya había escrito y renunciar a la idea sin más.

Sin embargo, no lo hizo porque sabía que era un gesto inútil. Daba igual que hubiese escrito o no ABAJO EL HERMANO MAYOR. Tanto si seguía con el diario como si no, la Policía del Pensamiento acabaría descubriéndolo. Había cometido, y era algo que habría cometido incluso aunque no hubiese puesto la pluma sobre el papel, el delito básico que contenía todos los demás delitos. Lo llamaban «crimete». El crimete era algo que no podía ocultarse para siempre. Podías disimularlo durante cierto tiempo, incluso durante unos años, pero tarde o temprano acababan descubriéndote.

Siempre eran de noche. Las detenciones se producían invariablemente de noche. La repentina sacudida que te sacaba del sueño, la mano áspera que te zarandeaba el hombro, las luces que te deslumbraban, el círculo de rostros implacables en torno a la cama. En la mayoría de los casos no había ni juicio, no había informe alguno sobre la detención. La gente desaparecía sin más, siempre de noche. Borraban tu nombre de los archivos, eliminaban hasta la última referencia a cualquier cosa que hubieras hecho, tu antigua existencia era negada y luego caía en el olvido. Eras abolido, aniquilado: «vaporizado» era la palabra que usaban.

Por un instante lo dominó una especie de histeria. Empezó a escribir con rapidez y con una letra descuidada:

me dispararán no me importa me dispararán en la nuca no
me importa abajo el hermano mayor siempre te disparan en
la nuca no me importa abajo el hermano mayor...

Se reclinó en la silla, un poco avergonzado de sí mismo, y dejó la pluma en la mesa. Un segundo después dio un violento respingo. Alguien llamaba a la puerta.

¿Ya? Se quedó quieto como un ratón, con la vana esperanza de que quienquiera que fuese se marcharía después de llamar una vez. Pero no, volvieron a llamar. Lo peor que podía hacer era retrasar el momento. El corazón le latía como un tambor, aunque su cara probablemente seguía inexpresiva por la fuerza de la costumbre. Se levantó y se acercó lentamente a la puerta.